

y unas puertas chicas por donde se pueden pasar de una casa á otra, ó ayudar y favorecer á las que fueren acometidas. Todas son de terrado, y en lo alto hay unas especies de torrecillas para su defensa, y desde ellas dieron bien que hacer á nuestra tropa en cierto dia, como se verá en la serie de esta Historia. El rio es muy agraciado, y dáse en él mucho bagre de especial bondad; lo cuecen los indios, beben de muy buena gana el caldo, y comen de él como si fuera carne. Tambien en cojen algunos de sus giros algunas truchas. Corre el rio por tierra llana, y se puede sacar y sangrar en muchas partes, y regar más de treinta ó cuarenta leguas, de modo que se podria coger gran cantidad de trigo si se sembrase, porque la tierra es de buen migajon, aunque arenisca, y las aguas del rio son cristalinas y buenas, y todo aquel terreno es á propósito para todo género de fruta y hortaliza. Hay muy buenas moreras y zarzamoras. Los indios que habitan estas regiones son pocos y de buena estatura; las indias tienen buen cuerpo, son limpias y bien dispuestas: su modo de vestir de estos naturales es honesto, pues traen las indias unas mantas blancas á modo de sacos, que las cubren desde los hombros hasta los piés, dejando unas aberturas por donde sacan los brazos, y encima tienen otras mantas más finas, como paños de rebozo, que manejan con

aire, cogiendo una punta por debajo del brazo izquierdo y echan la otra punta por el lado contrario, de modo que cubra la espalda, como se arrebozan las capas. Los indios, aunque van desnudos de casi todo el cuerpo, se adornan con plumajes y traen la cintura cubierta con paños, y á más de eso, se sirven de unas mantas cuyo corte es como los cotones que hoy usan los naturales del Nuevo México. Estiman las indias en mucho los cabellos, por eso los tienen muy peinados, y les ponen delante una jicara ó batea grande llena de agua á fin que se miren en ella como en un espejo. Forman de sus cabellos unas trenzas que atan formando unos rodetes de mayor á menor con cintas de algodón de distintos colores, y con preferencia, y á las puntas les dejan unas borlas colgando á modo de plumajes. Pónense en la frente unas planchitas de madera del ancho de tres dedos, cuajadas de unas piedrecitas de chalchiquite, vistosas, que consideran buenas para los que montan á caballo, llevándolas engastadas en sortijas. Dicen que hay una mina de ellas en aquellos parajes; y lo más regular es ponerlas con un palito que sale de la planchita, tras de las orejas, como ramillete, y en esta planchita rematan las trenzas de los cabellos: son limpias y donosas, preciándose de no parecer mal. Con estas piedrecitas ó turquesillas, que son todas casi pe-

queñas, habiendo pocas grandes, adornan los indios sus sillas, y los capitanes llevan en la cabeza penachitos de ellas en sus penachos, y entreveradas con plumas. La costumbre que guardan estos naturales en sus matrimonios, es, que el pretendiente de una indita la debe servir y acompañar algún tiempo hasta cargar el cántaro y hacer otras demostraciones á este tenor, y estando los consortes avenidos, los casan los deudos, y no tiene ningun indio mas que una mujer. El estilo que observan en sus entierros es parecido al de los antiguos pueblos del Oriente, pues estando nuestro ejército en aquellas tierras, vieron los nuestros las exequias que hicieron estos naturales á uno de los suyos que habia muerto en la sazón. Armaron una grande hoguera de leña, y encima pusieron al difunto, cubierto con una manta de algodón; luego acudió todo el vecindario del pueblo trayendo cada uno cosas de las comidas que ellos usan, como pinole, calabazas, frijoles, atole, maíz tostado, poniéndolas en distintos asientos de la leña prevenida y amontonada, á la que despues de estar toda esa comida bien colocada en su lugar, pegaban fuego por sus cuatro lados, y al tiempo de pegar fuego á esa pira alzaban todos un gran alarido, y se retiraban despues con silencio, dejando arder el cuerpo y comida hasta que quedaba hecho todo ceniza. No se notó en todos estos tránsitos que

hubiese templos ni ídolos algunos, solo se entendió que adoraban al sol y á la luna, porque en un eclipse de luna que ocurrió entónces alzaron todos un gran grito como en ademan de sentimiento de ver desaparecer el objeto de sus veneraciones.

En los valles de Corazones ó Tzonora, y por aquellos caminos de Tzibola para el Tiquez, no se encontraron las riquezas que publicaba la fama, más que, al comenzar la jornada, estos siete pueblos con casas de azotea y de alto, los cuales debieron ser las siete ciudades que entendió el P. Fr. Márcos de Niza, y despues los quince pueblos razonables de casas de alto, y al fin llegó el general Francisco Vázquez Coronado al Tiquez, que por otro nombre era conocido por *Coofer*, pueblo grande, en todo parecido á los que en el dia ha visto el reverendo padre Garcés así en el Oraive como en el Moqui; y la descripción de estos pueblos que nos hace en su Diario, es en todo conforme á lo que dice esta antigua relacion, porque caminando dicho padre por el Nordeste y Norte, por montes poblados de sabinos y pinos, á las cinco leguas que anduvo hácia el Norte, pasó cerca de una sierra que tiene el panino colorado, y reconoció que por allí cerca estaba el Rio Colorado, bastante cerca de su nacimiento, que es en la tierra circunvecina del Ta-

guayo ó Tiquez: allí se ven cajones muy profundos, y regularmente tienen el panino colorado. Atravesó despues, siempre con rumbo al Norte, por un estrecho que llamó el *Nuevo Canfran*, que tenia á un lado un peñol muy alto, y al otro un horrible voladero. Esto dice de las tierras del primer pueblo anurrallado, de que he hablado, que vió en esta jornada Vázquez Coronado. Todo el panino de estas tierras y cajones es colorado. Las rancherías de estos parajes están bien abastecidas de todo género de ganado, y allí guardan los indios las mulas y caballos que compran ó hurtan del *Moqui*, donde tienen trato estos indios, y allí tienen hechas coas, cavadores y todo lo necesario para cultivar sus tierras. Toda esta gente está decentemente vestida, y son muy amantes de cualquier trapo colorado, que llaman *Castilla*, porque dicen vienen del Nuevo México. El ser aquí las mujeres tan blancas que vió el padre, especialmente una que parecia española, lo atribuye á la situacion del paraje donde viven. Por aquí pasa el rio *Jabesua*, que nace en el laberinto de cajones que hay por todas partes: lleva aquí la corriente al Ueste, Norueste y Norte, y cerca de aquí entra en el Rio Colorado. Es rio mediano, pero muy rápido, y lo sangran bien los jabesuas con presas y acequias buenas. A distancia de unas seis leguas de tierra quebrada, don-

de siguen todavía aquellos profundísimos cajones, va entre ellos el Rio Colorado, regando estas tierras, y en una sierra muy grande, que azulea y corre de Sueste á Norueste, se ve un puerto abierto hasta abajo, y como si estuviera cortada artificialmente la tierra, por el cual entra el rio en estas tierras. El citado padre llamó á este singular puerto de *Bucareli*; y aunque por el aire parece estar cerca de este paraje, será, segun dice en su Diario, dificultoso llegar á él por lo escabroso de estos cajones que médian. Señas tan individuales del rio de la gran barranca que encontró el capitan Don Garcia López de Cárdenas, no las puede haber más manifiestas, sino que por este rumbo corre entre los cajones, no tan distante de su nacimiento como en donde llegó el dicho capitan á reconocerlo en su jornada. No muy distante de este puerto está la Sierra Nevada, de donde nace el Rio de la Asuncion á juicio del referido padre Garcés; y corriendo este rio al Ueste Norueste, se junta con el Colorado, poco ántes que éste pase por el puerto de Bucareli. Añade en su Diario, que ántes de llegar al *Oraive* hay una cuesta bien mala y es el camino muy estrecho; que las ovejas que en la dicha cuesta y en sus contornos agostan, son mas grandes que las de Tzonora, y las que son negras tienen la lana muy prieta. En las cañadas y aveni-

das, antes de llegar al dicho puerto, hay muchos duraznos que han plantado con mucho trabajo, como asimismo unas eras de cebollas y algunas matas de frijol, porque la tierra es muy mala, y que bajando y rodeando se halló repentinamente á la vista del pueblo; que habia dos ó tres casas caidas ántes de entrar en él, y no se veía puerta alguna ni ventana: la entrada á una calle bastante ancha, que corresponde derechamente de Ueste á Este y sale derechamente á la bajada para salir del pueblo, creyó ser la única que tenia. A un lado y otro de ésta van saliendo otras calles de la misma anchura, formando de este modo cuadras. Vió tambien dos plazuelas. El piso no es llano, pero firme: las calles que corren de Norte á Sur, están llanas porque la cuesta (donde está situado el pueblo) descende solo al Oriente. Las casas son de altos, unas más que otras; y segun reparó en algunas, tenían esta disposición: del piso de la calle se levanta una pared como de una vara y média de alto, encima de la cual está el patio, adonde se sube por una escalera de palo, que quitan cuando quieren: aunque la escalera no tiene más que los escalones precisos para subir al terraplen ó patio, los palos son muy altos. En este patio hay dos, tres ó cuatro cuartos con sus puertas, que se cierran con pestillos ó llaves de madera. En

la casa que hay gallinas está el gallinero en el patio: en la pared de la derecha ó izquierda (porque de todo hay) está formada una escalera para subir á los altos, los que se componen de una sala grande que hay en medio, y algun cuartito á los lados. En las mismas paredes colaterales hay otra escalera para subir á la azotea: ésta se une con las azoteas de las casas que están en la misma cuadra, que no suele ser muy grande, porque son muchas las calles que cruzan. Lo más particular es que las casas en que reparó, todas se dan la espalda, de modo que ninguno puede ver lo que el otro hace en su casa si no sube á la azotea. La figura del pueblo, ni es muy perfectamente cuadrada ni perfectamente redonda. De este pueblo, donde fué mal recibido el padre Garcés, pasó al de Moqui, y quedó admirado de ver la mucha gente que lo poblaba. Hablan en él dos lenguas, y apuntó los modos que tienen de contar, que son diversos, y esta diversidad tambien se conoce en la estatura y color de los indios é indias, porque hay algunos de un color muy claro, algo rubio y bien dispuesto como los tabipais; y hay otros chicos, prietos y feos.

Quando salen fuera del pueblo, se distinguen poco de los españoles en el vestido, pues los vió con cueras de mangas ajustadas, calzon, botas y zapatos: sus armas son jaras y lanzas. Dentro

del pueblo regularmente andan con zapatos, mangas de manta pintada y frazada prieta de las que ellos hacen. De todo vió: las mujeres con un frazada prieta se hacen una túnica talar sin mangas, y encima se ponen otra, ya blanca, ya negra, á manera de mantilla cuadrada. La túnica prieta ó sotana se la ajustan con un ceñidor, el cual suele ser de varios colores. No se embijan, ni pintan, ni gastan cuentas, gargantillas ni aretes: el pelo lo llevan hecho dos trenzas; las viejas, segun el uso antiguo de España; pero las mozas, unas llevan un moño encima de cada oreja, y otras lo traen todo amarrado á un lado, en lo que se echa de ver que cuidan mucho del pelo.

Para conclusion de la grande identidad que tiene la relacion antigua de lo que halló en su jornada Vázquez Coronado, con lo que inspeccionó el reverendo padre Garcés en su viaje al Mochiqui, y el P. Fr. Font en el que hizo con el capitán Auza al puerto nuevo de San Francisco, referiré aquí los juicios de ambos padres cuando vieron cerca del Rio Gila las ruinas de la casa que llaman de Moctezuma. Registraron estos padres esta casa, situada á una legua de distancia del Rio Gila, paraje que está á treinta y tres grados de longitud, y tres y medio de latitud segun la observacion astronómica del padre Font, cuya descripcion haré aquí en breves palabras para la

mejor inteligencia del curioso lector. Tendrá de fundacion esta casa grande, ó pretendido Palacio de Moctezuma, quinientos años, segun las historias y escasas noticias que hay de ello y dan los indios, porque, á lo que parece, esta fundacion la hicieron los mexicanos cuando en su *transmigracion* los llevaba el demonio por várias tierras hasta llegar á la tierra prometida de México, y en sus mansiones (que eran largas) formaban poblacion y edificios. Este es el sentir del padre Font; pero, conforme á este cómputo cronológico, no corresponde que se llamase esta casa Palacio de Moctezuma, porque (como se puede ver en el Aparato á esta Crónica, capítulos 39 y 40) no tenian los mexicanos en esta época reyes ni emperadores, y mucho despues llegaron á tener dos emperadores de apellido Moctezuma. Lo más probable es, que estas fábricas de edificios fuesen construidas por los *tultecos*; y tambien pudo suceder que en la destruccion de éstos, los chichimecos que vinieron fundando su imperio y peregrinaron por estos parajes, edificasen y poblasen en ellos, instruidos por la sabia nacion Tulteca, como se podrá inferir de lo que digo tratando de estas transmigraciones sucesivas de naciones que poblaron este continente. El sitio adonde se halla esta casa es llano por todas partes y apartado del Rio Gila como una legua,

y las ruinas de las casas que formaban esta poblacion, se extienden más de una legua hácia el Oriente y demás vientos, y todo este terreno está sembrado de pedazos de ollas, jarros, platos, etc., unos ordinarios y otros pintados de varios colores, blanco, azul, colorado, etc., indicio de que fué poblacion crecida y de distinguida gente de los pimas gileños, pues éstos no saben hacer semejante loza. Por ese motivo, dice el P. Garcés, cuando vió las poblaciones del Oraive y del Moqui, que vino en sospechar que esta nación del Moqui se extendia antiguamente hasta el Rio Gila, fundándose en las ruinas que se hallan en este rio, aun en la tierra de los apaches, como dice haberlo visto entre las sierras de la Florida y San Juan Nepomuceno; y añade, que preguntó años ántes á unos viejos *subaipuris* (que estaban viviendo en su mision de San Javier del Bac), si sabian quiénes habian hecho aquellas casas que estaban ya caidas y aquella loza quebrada que hay en aquel sitio, supuesto que ni pimas ni apaches saben hacer aquellas cosas. Y le respondieron, que los moquis las habian fabricado, pues solo ellos sabian hacer aquellas cosas. En confirmacion de esto dice el padre lo que vió, yendo á los tabipais, quienes sacaron para beber una taza grande de loza como la de los cascós que se encuentran en la casa llamada de Moctezuma, y

más arriba, en el Rio Gila, preguntó á los indios, dónde la habian cogido. Y le respondieron, que en el Moqui hay mucho de eso. Tambien le dijeron repetidas veces los pimas gileños, que antiguamente venian los apaches del Norte á pelear con ellos por la casa que se dice de Moctezuma; y siendo cierto que los indios que nosotros reconocemos con el nombre de apaches, no tienen casa ni domicilio fijo, es de creer pudieron ser los moquinos los que venian á pelear, y que hostigados de los pimas (que siempre han sido muchos y valientes) desampararan antiguamente estas poblaciones del Rio Gila, como tambien lo han hecho con aquel pueblo arruinado que se halla ántes de llegar al Moqui, de que acabamos de hacer mencion, y se retirasen adonde ahora viven, sitio tan ventajoso, tan defendido y con tantas precauciones para defenderse en caso de invasion.

Aquí insertaré, para los curiosos y para que se venga en conocimiento de las casas de altos y poblaciones que encontró Vázquez Coronado en su jornada al Tiquez, la completa relacion de la casa de Moctezuma, conformándome con la exacta inspeccion de este edificio y de su situacion que refiere el padre Font en su Diario. Lo midió con una lanza por lo pronto, cuya medida redujo despues á piés geométricos, y poco

más ó ménos es la siguiente. Está la casa cuadrilonga y perfectamente á los cuatro vientos cardinales: Este, Ueste, Norte y Sur, y alrededor están unas ruinas que indican algun cerco ó muralla que encerraba á la casa y otros edificios, particularmente en las esquinas, en donde parece habia alguna fábrica como castillo interior ó atalaya, pues en la esquina que cae al Sudueste hay un pedazo en pié con sus divisiones, y un alto. La cerca exterior tiene, de Norte á Sur, cuatrocientos veinte piés, y de Este á Ueste doscientos sesenta. Lo interior de la casa se compone de cinco salas; las tres iguales en medio, y una en cada extremo, más largas. Las tres salas tienen, de Norte á Sur, doce piés, y todas son iguales: las puertas de comunicacion tienen cinco piés de alto, y de ancho dos, y son casi iguales todas, excepto las cuatro primeras de las cuatro entradas, que parece eran otro tanto anchas. El grueso de las paredes interiores es de cuatro piés, y están bien enjarradas, y el de las exteriores es de seis piés. La casa tiene por lo exterior, de Norte á Sur, setenta piés, y de Este á Ueste cincuenta: las paredes están escarpadas por fuera. Delante de la puerta del Oriente, separada de la casa, hay otra pieza, que tiene de Norte á Sur veinte y seis piés, y de Este á Ueste diez y ocho, sin el grueso de las paredes. El maderaje era de pino por lo

que se ve, y la sierra más cercana que tiene pinos dista unas veinte y cinco leguas, y tambien tiene algo de mezquites. Todo el edificio es de tierra, y (segun las señales) de tapia fabricada con cajones de varios tamaños. Viene del rio una acequia muy grande con que se socorria de agua la poblacion, y está ya muy cegada. Por fin, se conoce que tenia el edificio tres altos; y si es verdad, al fin se pudo rastrear por los indios, y por los indicios que se vieron, tenia cuatro, profundizando el piso de la casa á modo de pieza subterránea. Para dar luz á las piezas no se vea más que las puertas, y unos agujeros redondos en medio de las paredes que miran al Oriente y Poniente; y dijeron los indios que por aquellos agujeros (que son algo grandes) miraba el príncipe, que ellos llaman *el hombre amargo*, al sol cuando salia y se ponía para saludarlo. No se hallaron rastros de escaleras, por lo que juzgamos que eran de madera, y se destruyeron con la quemazon que padeció el edificio por los apaches.

Bien se pueden perdonar estas cortas digresiones por la luz que dan para conocer mejor las poblaciones de los indios desde el Rio Colorado ó del Tizon hasta el Tiquez, que iba reconociendo el general Francisco Vázquez Coronado, quien se alojó en el principal pueblo llamado Coofer. Ocur-

rieron muchos indios de los pueblos comarcanos á ver qué gente era la que habia venido á sus tierras, para ellos muy extraña. Los recibió con mucho cariño el general, haciéndoles saber por unos intérpretes el motivo de su venida, proponiéndoles un tratado de amistad y liga ofensiva y defensiva, como recibiesen bien la doctrina que les habian de enseñar los padres que traía en su compañía y se declarasen vasallos del mayor monarca del mundo el Emperador Carlos V. Respondieron los indios, que ellos eran muy pobres, y que no tenian otra cosa que rescatar sino un poco de maíz, y que adelante no habia más pueblos ni gentes sino los que veía á las orillas y cercanías del Rio Tiquez; que todo lo demás eran llanos, en los que habia muchos animales como los que ellos traían, aunque de otra hechura; y que más adelante no hallaria cosa alguna por estar todo despoblado á causa de faltar los aguajes y ser la tierra, aunque buena, un poco arenisca y sin agua. Despidiólos el general con buen modo; pero le hizo fuerza la mala gracia y cautela con que habian respondido á sus ofertas y á las preguntas oportunas que se les habia hecho para saber de las tierras que tenian adelante de sus pueblos. Luego que estuvo abastecido su campo y hubo descansado de las jornadas anteriores, trató de enviar á descubrir todo lo que

pudiese, para cerciorarse de lo que le decian los indios del Tiquez.

Dió esta comision á tres capitanes, asignándoles treinta soldados á cada uno, con orden de que fuesen por tres rumbos diversos. Volvieron disgustados diciendo que habian visto otros pueblos como los de aquel rio, pero que la tierra les parecia cosa poca, no habiendo rastro de minas de oro ó plata ni otro fruto provechoso, mas que era propia para buenas cosechas de trigo y maíz: solo uno de los capitanes, llamado Hernando de Alvarado (pariente del Adelantado D. Pedro de Alvarado, el que murió en Guadalajara), volvió con más gusto de su expedicion, refiriendo que habia llegado á unos llanos donde andaban unas vacas singulares, hoy conocidas por zibolos y tzibolas, y que las vió y mató algunas, y que en el camino vió un gran pueblo de más de cuatro ó cinco mil vecinos, y que por su buen asiento le llamó Valladolid; que tambien encontró un indio en los mismos llanos, quien dijo ser oriundo de una provincia que estaba de allí treinta soles de camino, que son treinta dias, y se llamaba Copala; que á este indio le habian puesto por nombre el Turco, porque era muy moreno (mejor hubiera sido llamarle el moro por esta razon, pues los turcos son muy blancos), bien apersonado y bien dispuesto, y les dijo tantas cosas de su tierra,